

CRISTINA PRADA

TODAS LAS
CANCIONES
DE AMOR
QUE **AÚN** SUENAN
EN LA RADIO



Por fin Maddie ha tomado la decisión que su sentido común le pedía a gritos y ha dejado al sexy y arrogante Ryan Riley. Lo que nunca imaginó es que sería en ese preciso instante cuando comprendería que estaba renunciando al amor de su vida.

Lejos de aceptar la decisión de Maddie, Ryan no dejará de provocarla una y otra vez para hacerle entender que tienen que estar juntos. Ella se resistirá, tratará de mantenerse alejada de él, pero Ryan le demostrará quién sigue teniendo el control.

Para salvar su salvaje y adictiva relación tendrán que enfrentarse a una interminable lista de obstáculos que les pondrá realmente complicado que Nueva York vea su felices para siempre.

Como cada palabra, para el hombre de mi vida

1

Do you ever feel like a plastic bag, drifting through the wind, wanting to start again?

Me siento exactamente así. La suave voz de Boyce Avenue versionando la canción *Fireworks* inunda la habitación y mis oídos. Estoy tumbada en un colchón *king size* tirado en el suelo, entre Álex y Lauren. Hemos dejado la puerta del balcón abierta y el ruido del mar llega con más fuerza. El calor es insoportable. En la penumbra que las estrellas no dejan que sea oscuridad total, no puedo dejar de pensar que me siento exactamente así. Soy como una bolsa de plástico movida por el viento esperando su turno para empezar de nuevo, sin Ryan. No quiero empezar sin Ryan. No quiero amar sin Ryan. Me cuesta respirar sin Ryan.

Hace exactamente cinco días desde que vi su maravilloso rostro mirarme a través de la ventanilla del taxi. La chica que lloraba en el coche me parece muy lejana y, en cierta absurda manera, la detesto, ella fue la que se montó en el taxi, la que dijo «arranque».

Lo cierto es que no creo que vaya a superarlo nunca, ni siquiera sé si quiero. Durante el día, mientras estamos en la playa o charlando, finjo estar bien, finjo ser la misma chica despreocupada, pero Lauren y Álex saben que no es verdad. Si no fuera así, cada una estaríamos durmiendo en una habitación y no las tres en este gigantesco colchón. Creo que temen que haga una locura, como conducir en plena noche hasta Nueva York. La idea me taladra la mente cada

noche hasta que consigo dormirme. Ir a Nueva York, ir a Chelsea, tirarme en sus brazos y no volver a salir de su cama.

Ya no puedo más.

Me levanto con cuidado y voy hasta el salón. Me pongo unos vaqueros y me dejo la misma camiseta con la que intentaba dormir. Me recojo el pelo y cojo las llaves del Mini de Álex. Valoro la posibilidad de dejarles una nota, pero prefiero que no sepan dónde encontrarme.

Justo cuando voy a agarrar el pomo de la puerta, me detengo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué demonios estoy haciendo? Me presento en Chelsea y ¿qué? Ryan no va a cambiar. Sigue siendo el mismo hombre irascible, malhumorado, arrogante y... ya está porque ya no es un mujeriego, ¿o sí? Yo me lo imagino sufriendo como en las novelas de las hermanas Brontë, dispuesto a acogerme de nuevo entre sus brazos, y quién sabe si ya hay una o varias rubias calentándole la cama. Un sudor frío me recorre el cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies. ¿Por qué me martirizo así? No confía en mí. Es hermético, arrogante y controlador. No va a cambiar y yo debería empezar a asumir que estar así no es bueno para mí.

«Supéralo, Parker».

Me doy la vuelta enfadadísima, dejo con rabia las llaves sobre la mesita de la entrada y me quito los vaqueros prácticamente peleándome con ellos. La luz se enciende y doy un brinco en bragas y conteniendo el aliento.

—Joder —mascullo de alivio cuando veo a Lauren de pie junto al interruptor de la cocina.

—¿Una copa? —murmura adormilada caminando hacia uno de los armarios.

Yo recupero mis pantalones cortos, me los pongo y me siento en uno de los taburetes.

En silencio, Lauren sirve dos copas de vodka. En efecto, ante la imposibilidad de encontrar o fabricar nuestros propios Martini Royale, llevamos casi una semana emborra-

chándonos, como rudas mujeres ricas de playa y campo, con sórdidos chupitos del vodka Grey Goose de la bodega personal del padre de Álex.

—¿Cuántas veces van ya? —pregunta como quien no quiere la cosa, dejando su vaso vacío sobre la encimera.

El vodka triplemente destilado me abrasa la garganta cuando baja, pero ya me siento mejor. ¿Me estaré convirtiendo en una alcohólica? La idea me preocupa, pero la deshecho rápidamente. Aunque la respuesta fuera sí, actualmente sería el menor de mis problemas.

—Siete —respondo dejando mi vaso junto al suyo.

Lauren desenrosca la botella. Se toma su tiempo para hacerlo y para continuar hablando.

—Siete veces en cinco días que te vistes, le robas el coche a una de tus mejores amigas y te dispones a largarte a Nueva York en mitad de la noche.

Asiento y me bebo a la vez que ella el segundo chupito de un trago. Siete veces. Creo que lo más deprimente es que he llevado la cuenta.

Lauren se dispone a llenar de nuevo los chupitos, pero farfulla algo ininteligible, se levanta de mala gana, saca dos tazas de porcelana china de uno de los armarios y vuelve a sentarse.

—Mejor así —concluye llenándolas—. Ya sólo nos falta llevarlo en la botella de deporte para parecer dos adolescentes descarriadas de telefilme de sobremesa.

Sonrío.

—No te preocupes, al final una de las adolescentes siempre se salva.

—Sí, pero la otra tendrá que morir en un fatal accidente de tráfico provocado por el alcohol para que la superviviente reaccione.

—Hoy te toca a ti —digo tras dar un trago—. Ayer moría yo en una habitación de motel por acceder, borracha, a irme con un tío que conocía en una discoteca.

—Cierto —contesta sosteniendo la taza entre las dos manos.

Me observa mientras me llevo de nuevo la fina porcelana a mis labios.

—Levanta el meñique, por Dios —me riñe—. Estamos en un sitio con clase.

Ya no podemos más y ambas nos echamos a reír. Las charlas más absurdas de nuestras vidas las estamos manteniendo estos días en esta cocina a horas similares.

—Y si tantas ganas tienes de verlo, ¿por qué no lo haces?

—No puedo, Lauren.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—¿Por qué?

—Porque Ryan sigue siendo Ryan. No va a cambiar, ni siquiera creo que quiera, y no sé si podría volver a estar al lado de alguien que se lo calla todo y que controla la situación y la manipula para obtener siempre lo que quiere. Es arrogante, irascible, complicado...

—Y estás enamoradísima de él —me interrumpe.

La miro mal, exasperada, y ella se queda irónicamente boquiabierta fingiendo que le sorprende lo que acaba de decir.

—No puedo volver con él —sentencio.

—Está bien. No lo hagas.

Su cambio de punto de vista me pilla por sorpresa.

—¿Qué?

—Lo que has oído, no lo hagas. Quédate aquí, lámete las heridas y recupérate. Algún día sucederá. De repente una noche no te levantarás a las tres de la madrugada —mira el reloj para confirmar que no se ha equivocado— con la necesidad imperiosa de correr a sus brazos y pensarás que eres feliz, pero entonces tendrás que regresar a Nueva York y un día lo verás y él estará jodidamente guapo como siempre y te mirará con esos ojos azules y te sonreirá de esa manera que hace que todas las chicas tengan la necesi-

dad de rendirle sus bragas como ofrenda y tú volverás a caer. Ryan siempre va a ser Ryan, pero tú, queridísima Maddison Parker, siempre vas a ser Maddison Parker, y estás loca por él.

Vaya.

—Bonitas palabras —le respondo cogiendo de nuevo mi vodka.

—Y ciertas. —Me mira desafiante por encima de su taza.

—No lo veré nunca más.

—Te buscará.

—Me mudaré.

—Te encontrará.

—Me iré de la ciudad.

—Dudo que eso lo frene.

—Del país —replico absolutamente exasperada.

—Tiene un *jet* privado.

—No lo entiendo —digo al fin—. ¿Tú no deberías estar maldiciendo su nombre por todo el daño que me ha hecho?

—Y lo hago, en privado, como buena amiga, pero quiero que seas feliz.

—Ése es el problema, con él soy más feliz que nunca y también demasiado desgraciada, y no sé si me compensa.

—Tendrás que averiguarlo. Tómate tu tiempo. Me gusta vivir en los Hamptons.

—¿Cuántas botellas de vodka nos quedan?

—Semana y media.

Ambas sonreímos.

—No me compensa, pero le quiero —digo después de lo que parece una eternidad sin hablar.

—Pues estás bien jodida —concluye.

—Ésas sí que son palabras muy ciertas.

—Lo sé y lo siento.

Vuelvo a sonreír y hundo mi cabeza en mis brazos cruzados sobre la encimera. Odio mi vida ahora mismo.

Nos levantamos cuando el sol se hace insoportablemente presente en la habitación. La boca aún me sabe a vodka. Esto no puede ser sano.

Me doy una ducha rapidísima y me cepillo los dientes. Vuelvo a ser persona o casi.

Cuando llego a la cocina, Lauren está viendo las noticias. Está enfurruñada y con el mismo intento de recogido griego que trató de hacerse anoche antes de acostarse cuando su coordinación «me sostengo horquilla entre los dientes, recupero la horquilla de entre los dientes» no era muy buena. Sin duda alguna por culpa del Grey Goose.

—Voy a hacerte una foto y subirla a Facebook.

Sin ni siquiera mirarme, me manda a callar llevándose el mando a distancia a los labios. Yo pongo los ojos en blanco y vuelvo a ocupar mi taburete de borracheras nocturnas. Álex me sonríe al otro lado de la cocina mientras pasa desganada las páginas de la única revista de cotilleos que tenemos en la casa. La hemos leído una decena de veces cada una.

—En otro orden de cosas, pasemos a las noticias económicas —anuncia la presentadora de la CNN.

No me puedo creer que tenga ánimos para escuchar las noticias. Yo tengo aún la cabeza embotada, sumergida en una bruma de porcelana china. Prácticamente no puedo pensar.

Me levanto de un salto, del que me arrepiento al instante, y voy a preparar café.

—La noticia ha sorprendido a todos. —Hasta la presentadora parece estarlo—. Nadie esperaba esta mañana que Lionell Mackenzie, el jefe de prensa del Riley Enterprises Group, anunciara a primera hora la OPA hostil que el grupo

empresarial ha lanzado sobre Borow Media, su competidor pero siempre supuesto amigo.

La bruma se disipa por completo o aumenta hasta cegar todo, no lo sé. Dejo la taza de café sobre la encimera y corro hasta colocarme junto a Lauren.

—Todo parece indicar que la adquisición de una pequeña pero prometedor empresa, Bloomfield Industries, podría haber sido el detonante de lo ocurrido.

Bloomfield Industries no, el detonante he sido yo.

—En cualquier caso, el brillantísimo Ryan Riley acaba de conseguir que su grupo empresarial se convierta en uno de los más importantes de todo el país.

La presentadora continúa con otra noticia. Lauren apaga el televisor y deja caer el mando sobre el sofá.

—Esa zorra tiene lo que se merecía —sentencia.

No voy a negar que se lo mereciera, pero no me parece bien. Ryan ha actuado por venganza, no ha tomado la decisión pensando en la empresa. Él no es así y puede que acabe arrepintiéndose.

—Ryan no ha debido hacerlo —protesto.

—¿Por qué? —se queja Álex.

—Porque no lo ha hecho por algo profesional. Esa OPA no ha sido negocios para él.

—Tú no tienes que pensar en eso ahora —me recuerda Lauren—. Ha sido su decisión y ella lo ha pedido a gritos —añade llena de desdén.

Inevitablemente su último comentario me hace sonreír.

Aprovechando nuestro silencio, el sonido de una canción a lo lejos se cuela por las puertas del salón que dan acceso a la playa. No reconozco la música.

Álex va a hacer un comentario pero Lauren la chista con rotundidad.

—Escuchad.

Aún sin hacerlo, Álex y yo ya sabemos a qué se refiere. Nos miramos y suspiramos tan divertidas como exasperadas.

—Otra vez la misma canción. *Every breath you take*. Os lo digo, he investigado un poco, Sting tiene una casa en la zona. Seguro que la pone a todo volumen cuando se siente nostálgico.

Álex y yo la miramos como si nos estuviera contando que Santa Claus, el Grinch y Scrooge existen y todos se han ido de copas con ella.

Lauren pone los ojos en blanco, tira de mi mano y, con brusquedad, salimos a la terraza.

—Si seguimos el sonido de la música, encontraremos su casa.

Tal y como escucho el plan, desde luego al más puro estilo Lauren Stevens, tiro de la mano de Álex y la arrastro con nosotras. De acuerdo que estamos exiliadas en los Hamptons por mi culpa, pero no va a librarse de esta singular caza al hombre.

Mientras atravesamos la calle principal de los Hamptons, no puedo evitar quedarme mirando los lujosos vallados y las grandiosas entradas que la flanquean a ambos lados. Es alucinante, como un país propio. Los Hamptons son el exceso hecho verano y resulta increíble.

De nuestras pintas, sin embargo, no puede decirse lo mismo. Las tres con pantalones cortos de colores y camisetas de tirantes. El pelo recogido de cualquier manera y chanclas. Quiero autoconvencerme de que el *glamour* se lleva dentro, no es la ropa que vistes, pero quien dijo esa frase claramente no se ha topado con nosotras esta mañana.

La canción deja de sonar justo cuando Lauren dobla la esquina que conduce a la calle que alberga la primera línea de playa. En esta zona las casas son más modestas. Son las primeras que se construyeron cuando los Hamptons simplemente era una zona de costa como tantas otras.

Sin embargo, para mí son las más bonitas. No porque tengan salida directa a la playa, sino porque su intención es completamente diferente. Estas casas viven para el mar, para contemplarlo, para disfrutar de él. Entre la gente que habita las grandes mansiones es habitual oír que ni siquiera pisan la playa. Vienen aquí por el ambiente, las fiestas. Una idea completamente diferente.

Lauren se para en mitad de la calle escuchando atentamente, esperando que The Police vuelva a sonar, pero nada.

—¿Podemos irnos a casa, loca desquiciada? —se queja Álex mientras se gira y comienza a caminar de vuelta.

Lauren se encoje de hombros y, desilusionada, suspira profundamente.

Mientras caminamos de vuelta, Álex se agarra a mi abrazo.

—¿Y tú qué tal lo llevas?

—Bien.

—Necesitamos algo más concreto —comenta Lauren—. Del uno al diez, ¿cómo estás? Tienes que saber que el uno es Rose cuando acaba de descubrir que Jack ha muerto congelado entre restos del *Titanic* con su mano fría e inerte agarrada a la suya.

Lauren se lleva la mano al corazón y finge la mueca de tristeza más grande del mundo, lo que nos hace sonreír.

—¿Y el diez? —pregunta Álex.

—El diez es Scarlett Johansson cuando Ryan Reynolds la dejó. Estás triste pero sabes que encontrarás a alguien mejor.

Volvemos a sonreír.

—¿Y? —me apremia.

Lo pienso unos segundos.

—Soy un tres.

Las dos me miran pero ninguna dice nada. Yo suspiro. ¿A quién pretendo engañar? Soy un total y absoluto uno. Aún intento despertar a Jack.

Justo cuando estamos a punto de abandonar la calle, escuchamos una canción que inmediatamente nos es familiar a las tres. El corazón me da un vuelco sólo con recordar la última vez que la oí.

—¿Esa no es una de las canciones que tanto le gustan a tu padre? —le pregunta Lauren a Álex.

—Sí, la he escuchado un millón de veces, pero nunca recuerdo cómo se llama.

—*Il tempo de morire* —respondo en un susurro.

Mis ojos se llenan de lágrimas a la vez que mi mente cruel se recrea en la voz de Ryan cantándola suavemente mientras sus brazos rodeaban mi cintura, en su estudio, en su casa, en Chelsea, en un tiempo en el que era feliz.

Antes de que pueda reaccionar, la puerta de un garaje se abre y un perro sale disparado hacia nosotras. Todo mi cuerpo, mi corazón, se anticipan a lo que de alguna extraña manera ya saben que va a pasar.

Se oyen pasos acelerados salir tras el perro y a alguien que lo llama:

—¡Lucky! —Su voz, cómo pude pensar siquiera que podría llegar a olvidarla.

Ryan sale del mismo garaje, corre unos pasos más y entonces se detiene en seco. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Por Dios, está guapísimo.

Tengo que dejar de mirarlo. Todo el momento me está envolviendo y todo lo que lo he echado de menos, todo el amor que siento por él, está concentrándose en mi garganta y casi me impide respirar.

Me agacho y recibo a mi cachorro encantada. Ha crecido muchísimo. Sonríe mientras lo acaricio una y otra vez, pero no me llega a los ojos. No quiero romper a llorar y tengo la esperanza de que, si no dejo de reír, mis propias emociones pillaran la indirecta.

Lauren y Álex se quedan petrificadas. Lo miran a él y me miran a mí, tratando por todos los medios de fingir que es-

ta situación no es real, que Ryan no está a unos pasos de mí.

2

Sigo acariciando al perro. Sonriendo. Sí, la sonrisa es mi mejor arma. Estoy demasiado nerviosa. El corazón me late deprisa y mi respiración es un auténtico caos. De reojo puedo ver cómo Ryan se acerca lentamente, como si fuera un león acorralando a una gacela. ¿A quién pretendo engañar? Una gacela ante un león tendría más posibilidades que yo.

«Ni que lo digas».

Me incorporo despacio y, sin moverme un centímetro, cometo la mayor estupidez de todas. Alzo la mirada y dejo que esos maravillosos ojos azules me atrapen. Está guapísimo y yo no puedo dejar de pensar que la vida es sumamente injusta.

—Hola —susurra deteniéndose a unos pasos de mí.

—Hola.

Hola, Nueva York. Hola, Chelsea. Hola, Ryan.

Ninguno de los dos dice nada más. Sólo dejamos que nuestras miradas permanezcan entrelazadas.

Lo he echado tanto de menos.

La situación parece reactivar a Lauren y Álex, que nerviosas se acercan a mí.

—Maddie, nosotras regresamos a casa —me avisa Álex—. Creo que con las prisas ni siquiera la dejamos bien cerrada.

Su comentario me hace apartar la mirada de Ryan.

—Sí, será mejor que nos vayamos —murmuro nerviosa.